

## Actualidad de Saussure

Si es preciso señalar dos nombres de creadores de nuevas disciplinas que, en los comienzos de este siglo, hayan renovado fundamentalmente el concepto, ambiguo y decimonónico, de «ciencias humanas», la elección no ofrece dudas: Sigmund Freud y Ferdinand de Saussure. Si la teoría general del hombre ha sufrido alguna modificación fundamental respecto a la vigente en el siglo pasado, es debido a ellos dos más que a ningún otro de sus contemporáneos.

La trayectoria de sus obras es, empero, muy distinta. Freud fue un escritor prolífico y afortunado de expresión, con gran capacidad sintética y profunda agudeza para los detalles; los «progresos» subsiguientes de sus discípulos sobre las teorías del maestro son más que discutibles y las disidencias de mayor talento —Jung, Adler— fueron refutadas brillantemente por el mismo Freud, más que por afán autoritario, por la misma exigencia de una obra que no admitía recortes ni simplificaciones, pero tampoco camuflajes verbales de sus realidades básicas. La enseñanza de Saussure, en cambio, fue esencialmente oral, reunida sólo después de su muerte por dos discípulos, que hicieron una labor inteligente y cuidadosa, pero interpretativa, al reunir el «Cours de linguistique générale»; en cualquier referencia polémica al «Cours» no puede olvidarse que, junto con la fundamental aportación saussuriana, se hallan mezcladas las preferencias electivas de Bally y Sechehaye. Un libro que él no escribió y poco más es todo lo que tenemos para interpretar el pensamiento de Ferdinand de Saussure. No es de extrañar que, a diferencia del caso de Freud, hayan sido sus discípulos, frecuentemente discrepantes, quienes hayan llevado sus principios teóricos a consecuencias más fecundas y sugestivas.

Quizá a alguien sorprenda, al echar una ojeada a las páginas del «Cours», que una obra al parecer tan ceñida al

específico tema lingüístico haya alcanzado tan decisiva importancia en antropología, estética, análisis literario o mu-

siología. Tal asombro desconocería lo primordial del tema del lenguaje, confundiéndolo con un campo entre

otros de indagación. Pues si quizá no es lícito afirmar que todo sea lenguaje, es indudable que, para el hom-

bre, todo lo que es, es en el lenguaje. La teoría que reinterpreta decisivamente el fenómeno lingüístico no puede menos de incidir en las restantes ramas del conocimiento humano.

El libro que ahora edita Siglo XXI (1) reúne una serie de artículos de lingüistas contemporáneos de primera fila sobre el pensamiento semiológico del ginebrino (¡«oterráneo del autor del «Ensayo sobre el origen de las lenguas»!), a quien Seghers pudo incluir en su colección de «Philosophes de tous les temps» sin excesivo ensanchamiento del concepto «filosofía». Si bien los textos no son demasiado recientes, es indudable que todos ellos están bien elegidos y que la importancia creadora de sus autores está fuera de discusión: Benveniste, Godel, Hjelmslev, Starobinski, Greimas... El lector tiene ocasión de encontrar aquí comentarios sobre todas las parejas de nociones que constituyen la peculiaridad del razonamiento saussuriano —significante/significado, lengua/habla, sincronía/diacronía—, cuya área de aplicación es hoy tan extensa que estos conceptos llegan a desvirtuarse con una familiaridad engañosa. De esta tónica, ya señalada, de alto nivel general, me permito destacar el texto (de 1939; hoy ya clásico) «Naturalidad de signo lingüístico», de Emile Benveniste, y la contribución, quizá más esclarecedora de la posición de Hjelmslev que de la saussuriana, titulada «Lengua y habla», debida al lingüista de Copenhague.

Pudiera resumirse el interés de este volumen con las líneas en el contenido con que el gran lingüista americano L. Bloomfield saludaba la segunda edición del «Cours»: «La popularidad de este libro revela no sólo interés por el lenguaje, sino también la voluntad del público científico de enfrentarse con la teoría lingüística, que hace tambalear, casi a cada paso, nuestros preconceptos sobre los asuntos humanos».

La edición de la obra (en el sentido inglés de la palabra) ha estado a

(1) «Ferdinand de Saussure». Varios autores. Ed. Siglo XXI. 1972.

cargo de A. M. Nethol, que ha hecho limpiamente su trabajo. ■ FERNANDO SAVATER.

## De Alobele, su premio de novela y el desierto editorial del Sur

Si los hay, los anales de la cultura andaluza señalarán con piedra blanca la fecha del 14 de noviembre de 1972. Ese día, copa de cóctel en mano, un grupo de iniciados (gente de escritura, librerías, algún lector) asistieron en un hotel de Sevilla al nacimiento de una editorial y del premio que esta editorial recién creada convocaba, fallaba y pagaba por primera vez.

«El Sur ya tiene editorial», venían diciendo varios días antes los carteles por las librerías andaluzas. Esta editorial es Alobele, creada por unos industriales, jóvenes ellos, que han tenido la buena idea de meter sus ahorros en este lo en vez de comprar Telefónicas; lo que ya es nadar contra corriente. Cuando no compra Telefónicas, o Sevillanas, o Altos Hornos, y se mete en jugueterías, el capital andaluz lo que suele hacer es poner un piso en Madrid a una querida; pero esto de montar una editorial es un pecado en el que mayormente se cae poco.

Alobele tiene el proyecto de hacer muchos libros. Y para empezar, en vez de ir con una vara de avellano por los cenáculos de Granada para alumbrar vendedores de «best-sellers», ha decidido crear un premio de novela, que en esta primera reolina ha salido con cincuenta mil pesetas y que ya anuncian que el año que viene será de veinte mil duros.

Pero vamos con el premio que, copa de cóctel en mano, nació en un salón para ejecutivos de un hotel de Sevilla. Dándole todavía vueltas en la cabeza el último rumor periodístico sobre otro premio, el Alfaguara, Alfonso Grosso leyó allí el acta en nombre del Jurado: el premio había sido para Manuel Salado,

## LA VANGUARDIA DE NUEVA YORK

Como todos los años, Nueva York ha dedicado doce horas de un domingo a mostrar su vanguardia. No entremos ahora en la ambigüedad de esta palabra ni en si estaban o no en la gran locura los que debían estar. El hecho concreto es que de mediodía a medianoche, el Alexander Hamilton, anclado casi al pie del famoso puente de Brooklyn, ha sido ofrecido a cuantos se considerasen con derecho a participar en el Festival de Vanguardia de Nueva York.

La verdad es que, con cierta dimensión de caricatura, el Hamilton ha sido un microcosmos de la Gran Ciudad, un microcosmos lleno de ternura, de ironía y de crueldad.

Cerca de la escalerilla, unos «músicos» asumían ya la contradicción fundamental: unos cables eléctricos trepaban por sus piernas y se perdían por debajo de la chaqueta, quién sabe si conectados al corazón; los violines no tenían cuerdas ni los pianos teclas, pero los «músicos» hacían movimientos en el vacío, concentrado y brillante el gesto, que naturalmente resultaban de una eficaz sonoridad en la grabación amplificada. No había, pues, creación ninguna, porque la música estaba grabada de antemano y la hubiéramos oído hicieran lo que hicieran aquellos músicos fantasmas. Pese a lo cual, nadie podía negar el entusiasmo y la sinceridad con que las marionetas se sentían auténticos músicos en trance de expresar su personalidad más recóndita. Eran personajes ridículos y tristes, tanto más patéticos cuanto más buena fe ponían en su trabajo inútil.

Subir luego al Hamilton era continuar en un mundo dominado por la electricidad. Era rara la manifestación que no contara con magnetófonos, amplificadores, aparatos de televisión, cámaras cinematográficas o proyectores de diapositivas. La imagen y el sonido se multiplicaban aquí y allá, casi siempre con voluntad agresiva. Había camarotes terribles, como el que llenaba sus paredes de una continua proyección de infinitas películas y diapositivas, con Nixon suspendido de una cuerda y envuelto por la bandera americana en el centro, o aquel otro en el que un muchacho leía tranquilamente mientras un tren de juguete daba vueltas sobre la mesa, reproduciendo, amplificado, el terrible ruido del Metro de Nueva York. Luego, al lado, estaban los camarotes bucólicos, el de dos metros de hojas otoñales o el de otro tanto de falsa nieve, para que los visitantes pudiesen revolcarse y «sumergirse» psicológicamente en la Naturalidad. Lo general, sin embargo, era la existencia en un mismo camarote de lo terrible y lo ingenuo, tal y como ocurre en la Gran Ciudad. Así, por ejemplo, el hombre enjaulado que intentaba dar un sentido a su saxofón —y éste era un músico «de verdad»— en medio de una reproduc-

ción infernalmente amplificada de una pajarería. O el muchacho desnudo que colgaba hojas de lechuga en una cuerda, mientras el astrólogo descubría el porvenir.

Cuerdas, obstáculos, celdas, un espacio asfixiante, mucho más aprovechado por la imagen que por el hombre. Y al mismo tiempo, la resistencia de éste a dejarse devorar y destruir intentando responder con el humor a la deshumanización planificada. En la cubierta alta quizá estaba la última respuesta de este Festival de la Vanguardia. Dos negros marcaban un ritmo africano, elemental y ligado a la sangre. Xilófonos de madera permitían a los visitantes sumarse a ese ritmo, caso de que no prefiriesen limitarse a seguirlo con el cuerpo. Llovía, y desde la cubierta del Hamilton se divisaba una panorámica de río y de rascacielos, de barcas humildes e inmensas torres de cristal. Aquel tantán tenía algo de grito elemental contra la vida tecnificada. Derribadas las paredes de los camarotes, en el espacio abierto, los visitantes ballaban y recibían la ligera lluvia con un gozo animal casi patético.

¿Qué sentido tiene todo esto?, se pregunta uno. ¿De qué huyen estas gentes que ballan en la cubierta del Hamilton o intentan acompañar con el xilófono a los sonrientes negros? Veo bastantes McGovern en las solapas —Nixon es la retaguardia y está abajo, ahorcado en un camarote por varios artistas jóvenes—, pero casi nadie cree en las posibilidades de su candidato. La Gran Ciudad está aterrizada por la violencia y sabe que el Central Park es una maravilla sólo hasta una hora determinada, pasada la cual debe cruzarse en taxi si quiere conservarse la vida. «Amigo mío —me decía un americano ya viejo, escéptico, listo y quemado por el whisky—, esto es el principio del fin. La gran esperanza ha muerto y las cosas serán cada vez más difíciles. Parece que avanzamos, pero el próximo cuatrienio puede ser terrible para los Estados Unidos». «Lo malo —le dije— es que será también un cuatrienio terrible para muchos países».

Compre, compre, la Gran América, incontables canales de televisión, films pornográficos por 25 centavos, no vaya solo por este barrio a partir de tal hora, no enseñe el dinero, si quieren violar a una muchacha, ¡por Dios!, que no oponga resistencia; libertad, libertad, ciencia, tecnología, sonido, imagen... y los vanguardistas se han subido al Hamilton para mostrar su agonía y ballar el tantán bajo la lluvia, a dos pasos de los rascacielos de la Gran Metrópoli de Lang, hermosa y terrible como nunca.

Pero, ¿es el tantán una respuesta? Quizá sólo sea un modo biológico de no querer morir. ■ JOSE MONLEON.



# LOS 200 DE VETERANO OSBORNE

Osborne cumple 200 años. Para celebrarlo ha guardado en sus bodegas 200 « cofres mágicos », que contienen los siguientes regalos:

- 1 contiene 1 CHALET PREFABRICADO con 200 artículos de menaje.
- 1 contiene 1 YATE con 200 m. de cabo.
- 5 contienen 1 AUTOMOVIL y 200 lt. de gasolina.
- 1 contiene 200 BILLETES DE MIL PESETAS.
- 1 contiene 200 KILOS DE JAMON SERRANO.
- 5 contienen 200 CARRETES y 1 CAMARA FOTOGRAFICA.
- 5 contienen 200 HORAS EN NUEVA YORK (2 personas).
- 5 contienen 200 HORAS EN ROMA (2 personas).
- 5 contienen 200 HORAS EN PARIS (2 personas).
- 5 contienen 200 HORAS EN LONDRES (2 personas).
- 5 contienen 200 HORAS EN MOSCU (2 personas).

- 5 contienen 200 HORAS EN LOGROÑO (2 personas).
- 10 contienen 200 BOTELLAS DE VETERANO OSBORNE.
- 10 contienen 200 MONEDAS DE 100 PESETAS.
- 10 contienen 200 MONEDAS DE 50 PESETAS.
- 1 contiene 200 CAMISAS y 1 CORBATA.
- 1 contiene 200 CORBATAS y 1 CAMISA.
- 1 contiene 200 KILOS DE QUESOS VARIADOS.
- 10 contienen 200 MONEDAS ANTIGUAS, DE PLATA.
- 1 contiene 200 CARTUCHOS y 1 ESCOPETA DE CAZA.
- 10 contienen 200 BOTELLAS DE FINO DUCAL OSBORNE.
- 1 contiene 200 CORTES DE PELO.
- 10 contienen 200 PAQUETES DE CIGARRILLOS CANARIOS.

- 10 contienen 200 CIGARROS PUROS HABANOS.
- 10 contienen 200 ENTRADAS AL CINE que escoja.
- 10 contienen 200 LATAS DE CAVIAR.
- 1 contiene 200 GRAMOS DE ORO EN POLVO Y BOLSA.
- 10 contienen 200 DISCOS MICROSURCOS.
- 10 contienen 200 DECIMOS DE LOTERIA.
- 10 contienen 200 PERLAS CULTIVADAS.
- 20 contienen 200 NOVELAS DE TEMAS VARIADOS.
- 10 contienen 200 LITROS DE GASOLINA en cheques.
- Total: 200 COFRES

Si Ud. quiere ser propietario del contenido de uno de estos cofres escriba a:

OSBORNE 200 - Puerto de Santa María indicando en el sobre el número de cofre (del 1 al 200) que desea poseer y acompañando tres cápsulas de VETERANO Osborne...

(el orden en que aquí se relacionan los objetos es independiente del número de cofre en que están situados).

- Si lo desea, solicite las bases de este concurso a la Representación OSBORNE, de su provincia.
- La participación en este concurso implica la aceptación de dichas bases.

(Si Ud. es el único en escoger «su» cofre, el próximo 6 de enero de 1973, Día de Reyes, le será entregado su contenido inmediatamente. Si varias personas hubieran escogido su mismo cofre, éste se sorteará entre ellas...)



# VETERANO OSBORNE

200 AÑOS EN SU COPA



# A la altura de sus elegidos.

Porque regalando English Lavender de ATKINSONS en estuche especial de Lujo, usted selecciona a las personas que prefiere. A sus elegidos... a sus favoritos.

English Lavender de ATKINSONS permanece desde hace más de un siglo entre los elegantes.

english lavender  
**ATKINSONS**

Una colonia inglesa  
para regalar a los mejores.



**ATKINSONS**  
english lavender





# El primero. El único. Y además Braun.

Porque Braun no se ha limitado a coger un encendedor normal y ponerlo en un soporte más o menos bonito. No. Braun ha creado un encendedor electrónico especial para mesa.

Un encendedor de mesa Braun posee los últimos adelantos de la técnica electrónica, gran capacidad de gas y un diseño tan perfecto que se adapta a cualquier decoración.

Quizas por eso, ha sido el único encendedor seleccionado para estar expuesto en el Museo de Arte Moderno de Nueva York.



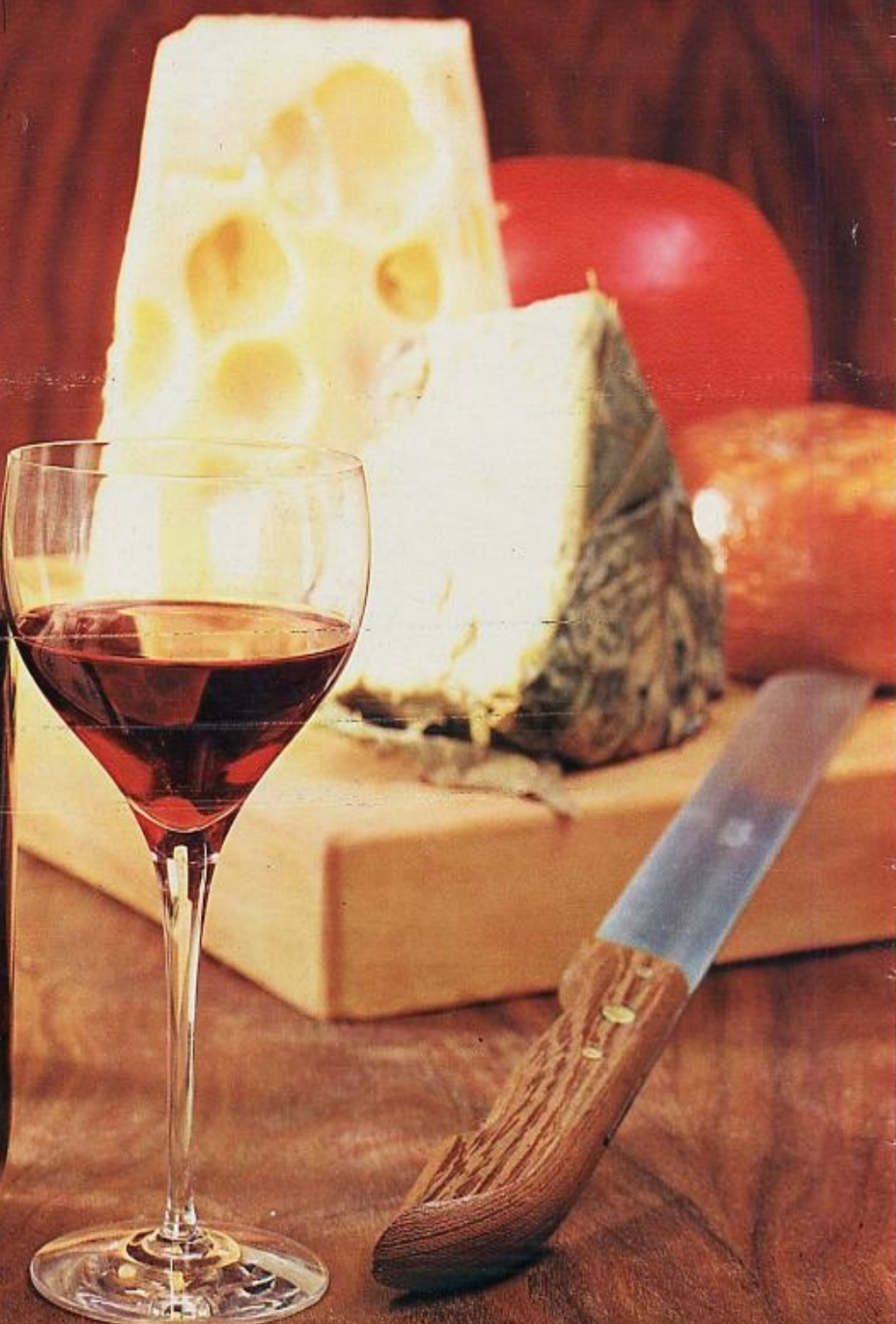
**El encendedor de mesa Braun.**

**BRAUN**

Encendido electrónico. Gran capacidad de gas. Fácil manejo. Ambos modelos en varios colores.



# De la Rioja... Campo Viejo





(Viene de la pág. 56)

por la novela «Violante el rojo». Junto con Grosso —que suele ir de vez en cuando al Sur para ejercer como patriarca, al alimón con el exquisito Manuel Halcón, de la «narrativa andaluza»— formaban el Jurado Manuel Barrios, Antonio Burgos, Manuel Ferrand y el señor López Lozano, presidente del Ateneo sevillano.

Según dijeron en aquel salón, «Violante el rojo» es una historia construida según la técnica del manuscrito encontrado. Manuel Salado, en el lugar de autos, aseguró firmemente que este manuscrito se lo había encontrado su abuelo después de la batalla de Brunete, en el cadáver decapitado de un oficial del Ejército de la República, lo que ya es encontrar y tener suerte. Dijo también Salado que a partir del manuscrito hacia una introspección en el hombre. O sea, «nueva novela española» en el desierto del Sur, que llora mientras canta en el verso de Cernuda.

Al final, todos quedaron muy contentos. Es para estarlo. Si Alobele sigue marchando, al menos con el mismo ritmo de otras pequeñas editoriales españolas, es para darse con un canto en los dientes, con ese canto blanco que señaló el nacimiento de la editorial en la historia cultural del Sur. Dinero, por lo visto, en esta época de absorciones editoriales y de llamadas a los bomberos de los que tienen las más sólidas redes comerciales, parece que no falta. Interés por entender el negocio editorial como algo más que una chapuza comercial, tampoco. Y que conste que los señores de Alobele no se dedican a mirarse el ombligo y a editar autores andaluces por el hecho de serlo. Piensan editar de todo, aunque comiencen premiando a un andaluz. Piensan editar de todo en un desierto que llora mientras canta. Y mientras ve la cultura

andaluza empolvada en tantas Nobles, Reales, Ilustres Academias provincianas formadas por cuatro amigos que tienen la sartén por el mango. ■ GARCIA ALJAQUEN.

## TEATRO

### El eterno drama del intelectual

Tras su éxito en el Poliorama barcelonés, por fin llega a Madrid el «Sócrates» de Llovet-Marsillach. Ningún cambio ha habido con respecto a aquellas representaciones (1), el espectáculo se mantiene fiel al rigor, la seriedad y el alto nivel ético señalados por cuantos lo vieron en dicha ocasión. Estamos ante un debate escenificado, ante una reflexión moral puesta en pie, ante un conjunto de preguntas sobre las responsabilidades cívicas —políticas, en último término— del intelectual cara a la colectividad. Despojando la escena de cualquier concreción realista que limitase el alcance de lo que en ella se dice, se ofrece al espectador un debate abierto en el que participar ideológicamente, un espacio mental capaz de abarcar su postura en tanto que ser pensante, analítico de unos determinados hechos que se han ido repitiendo a lo largo de la Historia y que él puede actualizar con datos propios.

Aunque sólo fuera por esto, por buscar la capacidad racionalizadora

(1) Que ya comenté ampliamente José Monleón en TRIUNFO, núm. 491, a través de su artículo «Sócrates, una lección política», págs. 34 y 35.

de un público habituado a la adulteración, al engaño consciente o inconsciente como forma de comunicación, el «Sócrates» de Llovet-Marsillach merece una especial consideración, un situarlo aparte en el momento de la valoración crítica. En otro caso, correríamos el peligro de justificar la mediana de tantos y tantos espectáculos al mismo tiempo que exageraríamos el rigor con los elementos discutibles de aquellos que nos proponen un nivel apto para la polémica. Entiéndase, pues, como punto de partida, que la controversia sobre determinados aspectos del «Sócrates» se halla ya a una altura donde ni siquiera asoman la cabeza el 90 por 100 de sus vecinos de cartelera.

Me parece importante señalar la valentía de Marsillach a la hora de abordar su trabajo teatral. Ningún truco, ningún recurso —más allá de su propia personalidad— pone en juego para hacer «digerible» la obra. Un rectángulo blanco, en el que se mueven diez actores vestidos con una túnica también blanca y que se desdoblán en diversos personajes con la simple apoyatura de unos cubos de madera, un diálogo continuo e ininterrumpido que no consiente la distracción del espectador, ausencia total de música o juegos luminotécnicos, consideración del público como Juzgado ateniense del proceso que se le muestra, todo cuanto compone la función va hasta el límite de la austeridad y de la sencillez. El mismo Marsillach resume así su puesta en escena: «En medio del culto al histerismo, a la gratitud y al "aparato", este Sócrates de hoy pretende colocar, en el hueco que le corresponde, a un olvidado elemento teatral: la palabra».

Palabra que nos habla de la sempiterna lucha del intelectual por incidir críticamente so-

bre la sociedad en que vive, y del repudio que la cristalización oficial de esa sociedad experimenta hacia esa labor. En su tratamiento del personaje a partir de textos de Platón, Jenofonte y Diógenes Laercio —tratamiento no sin precedentes entre nosotros: recordemos el programa «Epílogo» de la Segunda Cadena de Televisión Española, con guión de José Manuel Fernández y realización de Josefina Molina—, Llovet ha buscado no ya una actualización, sino un punto de vista globalizador que permitiese abarcar, temporal y espacialmente, una perspectiva que no se limita a la existencia de Sócrates, sino que llega con gran incidencia hasta nosotros. Esta generalización, válida desde un punto de vista sintetizador de la Historia, puede ser —no obstante— discutida en tanto que excesivamente abstracta y hasta ambigua, dado que funciona a nivel de términos generales, olvidando voluntariamente los datos concretos que incluyen con carácter decisivo en cada situación. Me parece éste, pues, uno de los puntos polémicos del espectáculo que comentamos.

Como lo sería también el sentido hagiográfico que parece orientarlo en varios momentos. Cuando lo que contemplamos es el proceso de «San Sócrates, virgen y mártir», cuando creemos percibir una cierta complacencia masoquista en la condena social a que el personaje se ve sometido, cuando su honestidad y rigor mentales empiezan a contaminarse de sacrificio piadoso, el trabajo de Llovet-Marsillach vuelve a ofrecer flancos discutibles. Aunque, insisto, el que se pueda polemizar, el que se pueda discutir sobre algo que se nos ofrece desde un escenario español, ya me parezca un signo de vigor mental, de madurez ideológica y estética. ■ RAMON VALLE.

## CINE

### Romper cristales y romper cristales

Dos posturas bien diferentes de acercamiento a la realidad coinciden finalmente en una impotencia total por transformarla. La fantasía literaria o el cientifismo de encuesta no alcanzan a comprender en su plenitud lo que la «salamandra» (un ser venenoso, que puede vivir en el fuego y se mata a sí mismo) es y lo que necesita para ser feliz, para entender cuáles son los misterios de la vida que la obligan siempre a ser una víctima.

La película de Alain Tanner (segunda en su filmografía; la primera, «Charles mort ou vif», no se ha proyectado en España) no es resumible en un par de frases, «La salamandra» (esa espléndida actriz que es Bull Ogier, que sube, baja, se pasea por la pantalla transformando la película con su sola presencia y dándole su auténtico significado, sólo puede definirse con su propia imagen), un intento de acercamiento a la libertad del hombre y a las causas que le impiden desarrollarse, es una obra anti-género, producto ya de un academicismo europeo que tiene su origen en Godard y que renuncia al esquema narrativo para abarcar ampliamente todos los géneros posibles y acabar así finalmente por no pertenecer a ninguno. Cine político, de humor, de amor, «La salamandra» es una participación poética en un discurso dialéctico importante que no empieza ni acaba en la película,

sino que conecta (o debe conectar) con las preocupaciones diarias y vivas del espectador, al que se dirige. En ese sentido, «La salamandra» es una película militante. Que quiere aportar a los planteamientos renovadores del público activo nuevos datos sobre un país y unas circunstancias que clarifiquen en algo esos planteamientos. Y cercano ya al didactismo, la explicación detallada de la vida y la evolución de Rosemonde, «la salamandra» sirve a la comprensión de las propias circunstancias del espectador, a quien, en definitiva, «la salamandra» representa.

«No todo consiste en romper cristales. Hay que saber quiénes son tus enemigos. Búscalos. Y encontrarás la diferencia que hay entre romper cristales y romper cristales». En su larga búsqueda de la libertad, la salamandra descubrirá —quizá sin haberlo entendido del todo— que la anécdota cotidiana no cambia en nada sus presupuestos. Sólo un replanteamiento de su vida entera la hará encontrar la clave, y con ella la solución.

Hermosa, divertida, fascinante película esta de Alain Tanner que poco tiene que ver con nuestra programación diaria y que exige del espectador español una puesta a punto de su sensibilidad cinematográfica. Inútil acercarse a «La salamandra» con esquemas de cine tradicional. Al margen de sus posibles errores (entre los que quizá cabe señalar unos minutos de más en la proyección que, en un momento dado, no precisan datos fundamentales), la película de Tanner es capaz de sorprender continuamente al espectador indicándole cuestiones diversas y necesarias en el complejo entramado de su historia, que no es sino la historia de cualquier ser humano, tres en este caso, que intenta liberarse de sus condicionamientos a la espera de una